

conducto, estaba en comunicación con los enemigos de aquel Gobierno en el cual desempeñaba tan alto puesto. Él, en tanto, con sin igual descaro, protestaba que le sucedieran todos los males posibles en esta vida y en la otra, si era culpable. Su única falta, decía, era haber servido á la Corona demasiado bien. ¿No había dado rehenes á la causa real? ¿No había destruido todos los puentes por donde, en caso de desastre, hubiera podido efectuar su retirada? ¿No había sostenido la prerrogativa de dispensa? ¿No había formado parte de la Comisión eclesiástica, firmado la orden de prisión de los Obispos, apareciendo como testigo contra ellos, á riesgo de la vida, en medio de los silbidos y maldiciones de la multitud que llenaba Westminster Hall? ¿No había dado la última prueba de fidelidad, renegando de su religión é ingresando públicamente en la Iglesia que la nación detestaba? ¿Qué tenía él que esperar de un cambio? ¿Qué no tenía que temer? Estos argumentos, aunque fundados y expuestos con la más insinuante habilidad, no bastaron á desvanecer la impresión producida por cuentos y murmullos llegados á la vez de cien distintos sitios. El Rey se mostraba cada día más frío con el Ministro. Sunderland trató de sostenerse con la ayuda de la Reina; obtuvo una audiencia de S. M., y se hallaba en su cámara cuando entró Middleton, y de orden del Rey le pidió los sellos. Aquella noche el Ministro caído conferenció por última vez con el Príncipe á quien había adulado y vendido. La entrevista fué realmente extraña. Sunderland representó á la perfección el papel de la virtud calumiada. «*No sentiría, dijo, el salir de la Secretaría de Estado ó de la Presidencia del Consejo con tal de conservar la estimación de mi Soberano. ¡Oh, señor, no me hagáis el más infeliz caballero de vuestros dominios, negándoos á declarar que no me consi-*

deráis desleal.» El Rey casi no sabía á qué atenerse; no había prueba positiva contra el Ministro, y la energía y calor que desplegaba Sunderland en la mentira, hubieran engañado á un entendimiento más perspicaz que el del Rey. En la Embajada francesa sus protestas hallaron crédito. Declaró allí que aun permanecería algunos días en Londres y que se presentaría en la Corte. Luégo pensaba retirarse á su quinta de Althorpe, donde trataría, por medio de un régimen económico, de reparar su quebrantada fortuna. Si estallaba una revolución, huiría á Francia. Su mal pagada lealtad no le dejaba otro refugio (1).

Los sellos que le habían sido quitados á Sunderland fueron entregados á Preston. El mismo número de la *Gaceta* que anunciaba este cambio, publicaba la noticia oficial del desastre acaecido á la flota holandesa (2). Aquel desastre era de importancia, aunque no tanta como el Rey y sus pocos amigos, dejándose llevar de sus deseos, estaban dispuestos á creer.

XXXIX.

DESPÍDESE GUILLERMO DE LOS ESTADOS DE HOLANDA; SE HACE Á LA VELA Y LA TEMPESTAD LE OBLIGA Á VOLVER Á PUERTO.

El 16 de octubre, según el cómputo inglés, celebraron sesión solemne los Estados de Holanda. El Príncipe se presentó á despedirse. Les dió gracias por la

(1) Barillon, octubre 8 (18), 15 (25), 18 (28), 25 (nov. 4), octubre 27 (nov. 6), oct. 29 (nov. 8), 1688; Adda, oct. 26 (nov. 5).

(2) *Gaceta de Londres*, oct. 29, 1688.

bondad con que habían velado por él cuando, niño aún, había quedado huérfano; por la confianza que les había merecido durante su administración, y por la ayuda que le habían prestado en la crisis actual. Por su parte, esperaba que ellos no pondrían en duda que siempre había tratado de promover los intereses de su patria. Ahora iba á separarse de ellos tal vez para siempre. Si moría en defensa de la religión reformada y de la independencia de Europa, recomendaba á sus cuidados á su amada esposa. Contestó el gran Pensionario con débil voz, y en todo aquel grave senado ni uno solo pudo contener las lágrimas. Pero el férreo estoicismo de Guillermo no cedió ni por un momento, permaneciendo entre sus llorosos amigos tranquilo y serio, como si se tratase de una corta visita á sus tierras de Loó (1).

Los diputados de las principales ciudades le acompañaron hasta su yacht. Hasta los representantes de Amsterdam, por tanto tiempo principal centro de hostilidad á su administración, le tributaron este homenaje, y aquel día se hicieron públicas oraciones por él en todas las iglesias del Haya.

Llegó por la tarde á Helvoetsluys, y se embarcó á bordo de una fragata llamada el *Brill* (el Mero). Izóse inmediatamente su bandera, donde se veían las armas de Nassauen cuarteles con las de Inglaterra. La divisa, bordada en letras de tres pies de largo, había sido elegida con gran acierto. La casa de Orange había usado por mucho tiempo la inscripción «*Yo sostendré,*» escrita en forma elíptica. Ahora se llenó la elipse con palabras de gran importancia: «*Las libertades de Inglaterra y la Religión protestante.*»

(1) *Actas de las sesiones de los Estados de Holanda y de la Frisia Occidental*; Burnet, I, 782.

No hacía muchas horas que se había embarcado el Príncipe, cuando empezó á soplar viento favorable. El 19 la flota se hizo á la vela, y ayudada por fuerte brisa atravesó casi la mitad de la distancia que media entre las costas de Holanda é Inglaterra. Entonces cambió el viento, sopló con fuerza del Oeste, y llegó á convertirse en violenta tempestad. Los bajeles, separados por la tormenta y con gran trabajo, ganaron como pudieron la costa de Holanda. El *Brill* llegó á Helvoetsluys el día 21. Los compañeros del Príncipe, habían observado, con admiración, que ni el peligro ni el despecho habían alterado por un momento su compostura. Una vez en puerto, aunque estaba mareado, se negó á ir á tierra, pues imaginaba, que permanecer á bordo equivalía á notificar, de la manera más terminante, á toda Europa, que la reciente desgracia sólo había dilatado, por muy poco tiempo, la ejecución de sus planes. A los dos ó tres días la flota volvió á reunirse. Sólo un bajel se había ido á pique. No faltaban ni un soldado ni un marinero. Habían muerto algunos caballos, pérdida que reparó el Príncipe en seguida, y antes que la *Gaceta de Londres* hubiese publicado la noticia del desastre, ya estaba otra vez pronto á hacerse á la vela (1).

(1) *Gaceta de Londres*, oct. 29, 1688; Burnet, I, 782; *Bentinck á su esposa*, oct. 21 (31), 22 (nov. 1), 24 (nov. 3) y 27 (nov. 6), 1688.

XL.

LLEGA Á INGLATERRA SU DECLARACIÓN.—JACOBO
INTERROGA Á LOS LORES.

La declaración le precedió nada más algunas horas. El 1.º de noviembre empezó á hablarse de ella misteriosamente por los políticos de Londres, pasó en secreto de mano en mano y fué deslizada en los buzones del correo. Uno de los agentes fué detenido, y los paquetes que estaban á su cargo conducidos á Whitehall. El Rey leyó la declaración, quedando turbado en gran manera. Su primer impulso fué ocultar el papel á los ojos de todos. Arrojó al fuego cuantos ejemplares le llevaron, excepto uno, y aun aquél apenas lo consideraba seguro en sus manos (1).

El párrafo del manifiesto que más inquietaba al Monarca era aquel, en que se decía, que algunos pares espirituales y temporales habían invitado al Príncipe de Orange á efectuar la invasión de Inglaterra. Halifax, Clarendon y Nottingham se hallaban á la sazón en Londres. Fueron llamados inmediatamente á Palacio é interrogados. Halifax, no obstante su inocencia, se negó al principio á responder. «*V. M. me pregunta, dijo, si soy reo de alta traición. Si se tienen sospechas de mí, que se me lleve ante los Lores. Pues ¿cómo puede V. M. confiar en la respuesta de un reo cuya vida está en peligro? Aun cuando hubiera yo invitado á S. A. á venir á Inglaterra, hubiera protestado de mi inocencia sin el menor escrúpulo.*» El Rey declaró que, en modo algu-

(1) Citters, nov. 2 (12), 1688; Adda, nov. 2 (12).

no, consideraba á Halifax culpable y que había hecho la pregunta, á la manera que un caballero pregunta á otro que ha sido calumniado, si hay algún fundamento para la calumnia. «*En ese caso, dijo Halifax, no tengo inconveniente en declarar como un caballero que hablase á otro, por mi honor, que es tan sagrado como mi juramento, que no he invitado á venir al Príncipe de Orange.* (1)» Lo mismo dijeron Clarendon y Nottingham. El Rey tenía aún más deseo de conocer la opinión de los Prelados. Si se mostraban hostiles, su trono peligraba realmente. Mas no podía ser. Había algo de monstruoso en la suposición de que cualquiera Obispo de la Iglesia anglicana pudiera rebelarse contra su soberano. Compton fué llamado al gabinete del Rey, el cual le preguntó si creía que la aserción del Príncipe tenía el más leve fundamento. El Obispo se encontró en una situación difícil, porque él era uno de los siete que habían firmado la invitación, y su conciencia, que no pecaba de ilustrada, no le hubiera permitido, según parece, decir una falsedad. «*Señor, dijo, confío plenamente que no hay uno solo de mis hermanos, que no esté tan inocente como yo, de semejante delito.*» El equívoco era ingenioso, si bien puede ponerse en duda que la diferencia entre el pecado de semejante equívoco y el de decir una mentira, valiera la pena de gastar algún ingenio. El Rey se dió por satisfecho, diciendo: «*No dudo de ninguno de vosotros, pero me parece necesario que neguéis públicamente la infame acusación que se os imputa en la declaración del Príncipe.*» El Obispo solicitó, como era natural, que se le permitiese ver el documento que debía contradecir; pero el Rey no se lo consintió en modo alguno.

(1) Ronquillo, nov. 12 (22), 1688. «Estas respuestas, dice Ronquillo, son ciertas, aunque más las encubran en la corte.»

Al día siguiente apareció un decreto amenazando con los más severos castigos á cuantos hiciesen circular ó se atreviesen á leer el manifiesto de Guillermo (1). El Primado y los pocos lores espirituales que se hallaban entonces en Londres recibieron orden de presentarse al Rey. Asistió Preston á la Audiencia con la declaración del Príncipe en la mano. «*Milores, dijo Jacobo, escuchad este pasaje que va con vosotros.*» Preston entonces leyó el párrafo en que se mencionaba á los Obispos de la alta Cámara. El Rey continuó diciendo: «*No créo una palabra de todo esto: estoy satisfecho de vuestra inocencia, pero me parece oportuno hacerlos saber de qué se os acusa.*»

El Primado protestó, en medio de mil frases respetuosas, que el Rey no le hacía más que justicia. «*Yo he nacido en el servicio de S. M., y repetidas veces he confirmado con mis juramentos la obligación de servirle en que me hallo. Sólo puedo tener un Rey á la vez. No he invitado al Príncipe á venir, y no créo que ninguno de mis colegas lo haya hecho.— Por mi parte estoy seguro de mi inocencia,* dijo Crewe, obispo de Durham.—*Y yo lo mismo,*» dijo Cartwright, que lo era de Chester. A Crewe y Cartwright podía muy bien concederse crédito, pues ambos habían pertenecido á la Comisión eclesiástica. Cuando llegó el turno á Compton, supo eludir la cuestión con una habilidad que hubiera dado envidia á un jesuita: «*Ayer di mi respuesta á V. M.*»

Jacobo repitió una y otra vez que los consideraba inocentes de toda culpa. Sin embargo, á su juicio, sería bueno, para el servicio del Rey y para su propio honor, que se vindicasen públicamente. Así, pues, les mandó redactar un documento donde declarasen

(1) *Gaceta de Londres*, 5 de nov. 1688. La proclamación es del 2 de noviembre.

su horror al proyecto del Príncipe. Los Prelados permanecieron silenciosos: su silencio fué interpretado como muestra de conformidad y se les ordenó retirarse (1).

En tanto, la escuadra de Guillermo se hallaba en el mar de Alemania. En la tarde del jueves 1.º de noviembre se hizo á la mar por segunda vez. Soplaban un viento fresco del Este, y la armada durante doce horas navegó en dirección al Noroeste. Los barcos ligeros enviados por el Almirante inglés, de descubierto, volvieron trayendo noticia que confirmó la opinión general de que el enemigo intentaba desembarcar en el Yorkshire. De pronto, á una señal del bajel que montaba el Príncipe, toda la flota viró de bordo y siguió navegando con rumbo al Canal de la Mancha. La misma brisa que favorecía el viaje de los invasores impidió á Dartmouth salir del Támesis. Sus barcos tuvieron que calar vergas y masteleros, y dos fragatas que habían logrado internarse en la mar, muy maltratadas por la violencia del tiempo, hubieron de retroceder é internarse nuevamente en el río (2).

XLI.

SE HACE GUILLERMO Á LA VELA POR SEGUNDA VEZ.

La flota holandesa, impulsada por el viento, navegaba rápidamente, llegando al estrecho á eso de las

(1) *MSS. de Tanner.*

(2) Burnet, i, 787; Rapin; Whittle, *Diario exacto; Expedición del Príncipe de Orange á Inglaterra*, 1688; *Historia de la Deserción*, 1688; *Dartmouth á Jacobo*, nov. 5, 1688, en Dalrymple.

diez de la mañana del sábado 3 de noviembre. Guillermo en persona, desde el *Brill*, dirigía la marcha. Más de seiscientos bajeles, hinchadas las velas por el viento favorable, le seguían. Los transportes iban en el centro. Los navíos, cuyo número pasaba de cincuenta, formaban una línea de defensa exterior. Herbert, con el título de Vicealmirante general, mandaba toda la escuadra. Iba á retaguardia, y muchos marineros ingleses, cediendo á su odio al papismo y atraídos por la buena paga, servían á sus órdenes. No sin gran dificultad consiguió el Príncipe que algunos oficiales holandeses de gran reputación se sometiesen á la autoridad de un extranjero. Pero el arreglo se hizo muy sabiamente. En la escuadra real había muchos descontentos y celosos partidarios de la fe protestante; mas aun recordaban todos los viejos marineros que las naves inglesas y holandesas habían luchado hasta tres veces con el heroico espíritu y varia fortuna por el imperio del mar. Nuestros marineros no habían olvidado la escoba con que Van Tromp había amenazado barrer el Canal de la Mancha, ó el incendio que De Ruyter había prendido en los arsenales de Medway. Si las naciones rivales se hubieran encontrado de nuevo frente á frente, en el elemento á cuya soberanía ambas aspiraban, todo pensamiento ulterior hubiera cedido ante la mutua animosidad. Tal vez se daría un combate sangriento y obstinado. La derrota hubiera sido fatal á la empresa de Guillermo, y aun la victoria hubiera trastornado sus meditados planes de política. Así, pues, determinó con gran acierto que, si los perseguidores le alcanzaban, fuesen saludados en su lengua patria y conjurados por un Almirante con quien habían servido y á quien estimaban, á no combatir por la tiranía católica con antiguos compañeros. Tal invocación podría tal vez evitar un conflicto, y

caso de que se llegase á las manos, á un jefe inglés se le opondría otro y no se sentirían los isleños lastimados en su orgullo, al saber que Dartmonth había tenido que ceder á Herbert (1).

XLII.

PASA EL ESTRECHO.

Felizmente, las precauciones de Guillermo no eran necesarias. Poco despues de mediodía pasó el estrecho. Su escuadra se extendía próximamente á una legua de Dover por el Norte, y de Calais por el Mediodía. Los navíos que ocupaban el extremo de ambas líneas, derecha é izquierda, saludaron á un tiempo las dos fortalezas. Las tropas aparecieron armadas sobre cubierta. El sonido de las trompetas, el estrépito de los címbalos y el redoblar de los tambores se oyeron distintamente, á un tiempo, en las costas de Inglaterra y Francia. Una innumerable multitud de espectadores oscurecía la blanca orilla del Kent. Otra gran multitud cubría las costas de Picardía. Rapin de Thoyras, que arrojado de su patria por la persecución se había

(1) Avaux, julio 12 (22) y agosto 14 (24), 1688. Acerca de este punto, Mr. de Jonge, emparentado con los descendientes del Almirante holandés, Evertoen, ha tenido la amabilidad de comunicarme algunas noticias de interés sacadas de los papeles de familia. En una carta de Bentinck, fechada á 6 (16) de set. de 1688, insiste Guillermo, con gran fuerza, sobre la importancia de evitar todo encuentro con el enemigo y manda á Bentick manifestárselo así á Herbert. «Ce n' est pas le tems de faire voir sa bravoure, ni de se battre, si l'on le peut éviter. Je lui l'ai déjà dit: mais il sera nécessaire que vous le répétiez, et que vous le luy fassiez bien comprendre.»

puesto á servir en el ejército holandés y acompañó al Príncipe á Inglaterra, describió este espectáculo muchos años después, calificándolo del más magnífico y conmovedor que jamás se había visto en la tierra. Al anochecer, la flota había pasado Beachy Head. Entonces encendieron luces, y en una extensión de algunas millas se veía la mar iluminada. Pero los ojos de todos los timoneles permanecieron fijos, durante la noche, en tres grandes farolas que lucían en la popa del *Brill* (1).

Al mismo tiempo, un correo había llegado por la posta desde el castillo de Dover á Whitehall anunciando que la flota holandesa había pasado el estrecho y se dirigía al Oeste. Era necesario cambiar inmediatamente todos los arreglos militares. Se enviaron mensajeros en todas direcciones. Los oficiales tuvieron que dejar el lecho á las altas horas de la noche. A las tres de la mañana del domingo hubo una gran revista á la luz de las antorchas en Hyde-Park. El Rey había enviado algunos regimientos al Norte, creyendo que Guillermo desembarcaría en el Yorkshire. Despacháronse correos inmediatamente á hacerlos volver. Todas las fuerzas, á excepción de las necesarias al mantenimiento del orden en la capital, recibieron orden de marchar al Oeste. Salisbury fué el lugar designado para la reunión de todas las tropas; pero como se creyese posible que Portsmouth fuese el primer punto atacado, tres batallones de guardias y un fuerte cuerpo de caballería salieron para aquella fortaleza. A las pocas horas se supo que por la parte de Portsmouth no había que temer, y así las tropas

(1) Rapin, *Historia*; Whittle, *Diario exacto*. En una carta holandesa de la época he visto el orden en que la escuadra hizo la travesía.

recibieron orden de cambiar de dirección y apresurarse á llegar á Salisbury (1).

Al amanecer del domingo 4 de noviembre los arrecifes de la isla de Whig eran perfectamente visibles á la flota holandesa. Aquel día era el aniversario del nacimiento de Guillermo y de su casamiento. Durante una parte de la mañana se hizo la marcha con más lentitud, mientras á bordo de los bajeles se celebraba el oficio divino. Por la tarde, y durante toda la noche, la flota siguió marchando como antes. Torbay era el sitio donde el Príncipe pensaba desembarcar. Pero la mañana del lunes 5 de noviembre fué muy nebulosa; el piloto del *Brill* no pudo descubrir las señales de la costa y llevó la flota demasiado al Oeste. Grande era el peligro. Virar contra el viento era imposible: el puerto inmediato era Plymouth. Pero en Plymouth había una guarnición mandada por lord Bath. Podían oponerse al desembarco, y un fracaso produciría serias consecuencias. No podía dudarse, además, que por este tiempo, ya la escuadra real debía haber salido del Támesis y á toda vela se dirigía al Canal. Russell vió toda la extensión del peligro, y exclamó dirigiéndose á Burnet: «*Doctor, podéis ir á decir vuestras oraciones. Todo ha terminado.*» En aquel instante cambió el viento; sopló del Mediodía una leve brisa; se dispersó la niebla, brilló el sol, y al templado esplendor de un mediodía de otoño, la flota viró en redondo, dobló el alto promontorio de Berry Head, y entró con toda felicidad en el puerto de Torbay (2).

(1) Adda, nov. 5 (15), 1638; Carta noticiera, en la *Colección Mackintosh*; Citters, nov. 6 (16).

(2) Burnet, I, 788; Extractos de los papeles de Legge en la *Colección Mackintosh*.

XLIII.

DESEMBARCA GUILLERMO EN TORBAY.

Mucho ha cambiado el aspecto de aquel puerto desde la época en que lo vió Guillermo. El anfiteatro que rodea la espaciosa bahía ofrece ahora por doquiera signos de prosperidad y civilización. En la extremidad Nordeste se ha levantado un gran establecimiento balneario, á donde acuden los forasteros desde las partes más remotas de nuestra Isla, atraídos por la italiana suavidad del aire; pues en aquel clima crece el mirto espontáneamente, y aun el invierno es más templado que la primavera de Northumbria. La población se compone de unos cien mil habitantes. Las iglesias y capillas de construcción reciente, los baños y bibliotecas, los hoteles y jardines públicos, el hospital y el museo, las limpias calles que se desarrollan en pendiente, dejando ver unas sobre otras las terrazas, las alegres quintas que se levantan entre árboles y flores, presentan un espectáculo que difiere por completo del que la Inglaterra del siglo xvii podía ofrecer. Al lado opuesto de la bahía, al abrigo del promontorio de Berry Head, se halla el bullicioso mercado de Brixham, el más rico emporio de nuestro comercio de pesca. A principios de este siglo se construyeron un muelle y un puerto, que resultaron insuficientes para el creciente tráfico. Consta la población de seis mil almas próximamente, más de doscientas velas frecuentan el puerto y el tonelaje es muchas veces mayor que el del puerto de Liverpool, en tiempo de los Reyes de la casa de Estuar-

do. Pero Torbay, cuando fondeó allí la escuadra holandesa, era conocida tan solo como un puerto donde algunas veces se refugiaban los barcos huyendo las tempestades del Atlántico. No alteraba la tranquilidad de sus costas la animación del comercio ó del placer, y las chozas de labriegos y pescadores se hallaban esparcidas, en corto número, sobre lo que es hoy centro de concurridos mercados y lujosos pabellones.

El paisanaje de la costa de Devonshire guardaba cariñosa memoria del nombre de Monmouth, al mismo tiempo que aborrecía el catolicismo. Así, pues, acudieron en multitud á la orilla con provisiones y ofertas de servicio. Empezó en seguida el desembarco. Sesenta botes llevaron las tropas á la costa. Mackay fué enviado á tierra primero con los regimientos británicos, siguiéndole muy pronto el Príncipe, que desembarcó donde ahora se levanta el muelle de Brixham. El aspecto del lugar ha cambiado totalmente. Donde ahora vemos un puerto lleno de barcos y un mercado donde hormigean compradores y vendedores, azotaban entonces las olas una costa desolada; pero se ha conservado cuidadosamente un pedazo de la roca donde el libertador puso el pie al saltar de su bote, y es objeto de pública veneración en el centro del animado muelle.

Tan pronto hubo puesto el Príncipe el pie en tierra firme, mandó que le trajesen caballos. Pudieron procurarse en la aldea vecina dos caballos semejantes á los que los pequeños propietarios de aquel tiempo usaban generalmente. Guillermo y Schomberg cabalgaron, y procedieron á examinar el país.

Conforme se vió Burnet en tierra, fué en busca del Príncipe, y entre ambos hubo un diálogo muy divertido. Burnet expuso sus felicitaciones con sincero

placer, y en seguida preguntó con afán cuáles eran los planes de S. A. Los militares rara vez se muestran dispuestos á aconsejarse con gente de toga en materias de guerra, y Guillermo miraba la intervención de todo el que no fuera militar, en los asuntos de milicia, aun con más disgusto del que en tales ocasiones suelen mostrar los soldados. Pero en aquel momento se hallaba de muy buen humor, y en vez de significar su disgusto con una reprimenda breve y punzante, extendió la mano con gran amabilidad y contestó con otra pregunta á la pregunta de su capellán. «*Y bien, doctor, dijo, ¿qué pensáis ahora de la predestinación?*» El reproche era tan delicado que Burnet, que no pecaba de perspicaz, no lo advirtió. Contestó lleno de fervor que no olvidaría nunca la manera señalada con que la Providencia había favorecido su empresa (1).

Durante el primer día, las tropas que habían ido á tierra tuvieron que sufrir muchas privaciones. La tierra estaba completamente empapada á efecto de las lluvias. El bagaje continuó á bordo de los bajeles, y oficiales de alta graduación tuvieron que dormir con las ropas mojadas en el húmedo suelo, y aun el mismo Príncipe tuvo por todo alojamiento una cabaña. Se desplegó su bandera en el techo de paja, y algunos colchones que trajeron de su barco, tendidos en el suelo, le sirvieron de lecho (2). Ofrecía alguna dificultad el desembarcar los caballos, y parecía probable que esta operación ocuparía varios días. Pero á

(1) Creo que todo el que compare las relaciones que traen Burnet y Dartmouth de este diálogo, juzgará que he presentado con exactitud lo sucedido.

(2) He visto un grabado holandés, contemporáneo, que representa el desembarco. Algunos hombres conducen el lecho del Príncipe á la cabaña, donde se ve ondear su bandera.

la mañana siguiente se despejó el cielo, calmó el viento, y el mar en la bahía estaba unido y tranquilo como un espejo. Algunos pescadores indicaron un sitio donde los barcos podían acercarse á sesenta pies de la orilla. Hizose así, y á las tres horas muchos centenares de caballos habían llegado nadando á la orilla.

Apenas había terminado el desembarco cuando se levantó el viento de nuevo, convirtiéndose muy pronto en un fuerte temporal del Oeste. El enemigo que venía á darles alcance por el Canal de la Mancha, había tenido que detenerse, á efecto del mismo cambio de tiempo, que permitió á Guillermo desembarcar. Por espacio de dos días la escuadra Real permaneció luchando con un mar tempestuoso á la vista de Beachy Head. Por fin Dartmouth pudo, reinando en la mar completa calma, seguir adelante. Pasó la isla de Wight, y uno de sus bajeles llegó á la vista de los vijías de la escuadra holandesa surta en Torbay. Mas precisamente en aquel momento, combatida la nave por la tempestad, tuvo que refugiarse en el puerto de Portsmouth (1). En esta ocasión Jacobo, que no carecía de competencia para juzgar con acierto en una cuestión de marina, declaró estar completamente convencido de que su Almirante había hecho cuanto humanamente se podía hacer, cediendo tan sólo al irresistible embate de los vientos y de las olas. Posteriormente el infortunado Príncipe empezó á sospechar, sin fundamento, que Dartmouth le había hecho traición, ó al menos se mostrara muy negligente (2).

(1) Burnet, I, 789; *Papeles de Legge*.

(2) En 9 de noviembre de 1688 escribía Jacobo á Dartmouth lo siguiente: «Nadie hubiera podido hacer más de lo que vos hicisteis. Estoy seguro que todos los marinos entendidos serán de la misma opinión.»—Pero véase Clarke, *Vida de Jacobo II*, tomo II, 207, *Mem. orig.*

Ciertamente el tiempo había servido de tal manera la causa protestante, que algunas personas, más piadosas que discretas, creían á ojos cerrados que se habían alterado las leyes ordinarias de la naturaleza para conservar la libertad y la religión de Inglaterra. Justamente cien años antes, decían, la armada, *Invencible* para los hombres, fuera dispersada por la cólera de Dios. Jugábanse nuevamente la libertad civil y la verdad divina, y otra vez los obedientes elementos habían peleado por la buena causa. El viento había soplado con fuerza del Este mientras el Príncipe deseaba entrar en el Canal; se había vuelto al Sur para favorecer su entrada en Torbay; había permanecido en calma durante el desembarco, y no bien terminara éste, desencadenándose la tempestad había ido al encuentro de los perseguidores. Ni se dejó tampoco de recordar que, por una extraña coincidencia, había llegado el Príncipe á nuestras costas, el mismo día en que la Iglesia anglicana conmemoraba con oraciones y actos de gracias, la maravillosa salvación de la Casa Real y de los tres Reinos, del más tenebroso complot jamás imaginado por papistas. Carstairs, cuyos consejos eran siempre escuchados con atención por el Príncipe, recomendó que tan pronto se efectuase el desembarco, se diesen gracias á Dios públicamente por haber concedido tan singular protección á la gran empresa. Adoptóse el consejo, y fué de excelente efecto. Los soldados, enseñados de este modo á considerarse como favoritos del cielo, se sintieron animados de nuevo valor, y el pueblo inglés formó la opinión más favorable de un General y un ejército tan diligentes en el cumplimiento de los deberes religiosos.

El martes 6 de noviembre, el ejército de Guillermo se puso en marcha. Algunos regimientos avanzaron

hasta Newton Abbot. Una piedra erigida en medio de la pequeña ciudad, marca todavía el sitio donde se leyó solemnemente al pueblo la Declaración del Príncipe. Las tropas se movían con gran lentitud, porque la lluvia caía á torrentes, y los caminos de Inglaterra se hallaban entonces en un estado que parecía horroroso á personas acostumbradas á las excelentes vías de comunicación de Holanda. Guillermo estableció sus cuarteles durante dos días en Ford, residencia de la antigua é ilustre familia de Courtenay, en las cercanías de Newton Abbot. Fué magníficamente alojado y festejado, si bien merece notarse que el dueño de la casa, con ser notoriamente whig, no quiso ser el primero en arriesgar la vida y la hacienda, y se abstuvo con precaución de hacer nada, que pudiera ser mirado como un crimen, si el Rey llegaba á vencer.

XLIV.

ENTRADA DE GUILLERMO EN EXETER.

Al mismo tiempo reinaba en Exeter la mayor agitación. El Obispo Lamplugh, no bien oyó que los Holandeses estaban en Torbay, lleno de terror huyó á Londres. El deán se dió también á la fuga. Los magistrados estaban por el Rey; la mayoría de los habitantes por el Príncipe. Hallábase todo en la mayor confusión, cuando en la mañana del jueves 8 de noviembre, un cuerpo de tropas, mandado por Mordaunt, apareció delante de la ciudad. Acompañábale Burnet, á quien Guillermo había recomendado proteger al cabildo de la Catedral de toda injuria é in-